

ALBERTO ROMERO FERRER /
«PLAGIA QUE ALGO QUEDA». SUPERCHERÍAS Y
ERRORES CERVANTINOS EN TORNO AL *BUSCAPIÉ*

La patraña del *Buscapié* y la impostura de Adolfo de Castro

Si Adolfo de Castro debe ser recordado en la Historia Literaria es, precisamente, por su extraordinaria falsificación cervantina del *Buscapié*. Una falsificación llena de audacia y atrevimiento, aunque no del todo original del autor gaditano. Efectivamente, la aparición del fraude literario del *Buscapié* en 1847 vino precedida de toda una tradición iniciada en el siglo XVIII sobre la supuesta obra de Cervantes en defensa de la primera parte del *Quijote*. En 1737 emprende Gregorio Mayans y Siscar, por encargo del barón de Carteret, la redacción de la «primera» vida de Miguel de Cervantes, que se habla de publicar en la edición inglesa del *Quijote*. En 1773, Vicente de los Ríos fue el encargado de elaborar la vida del autor, que iría al frente de la edición de la Academia Española del *Ingenioso Hidalgo*. Es en esta edición donde aparece por vez primera, la noticia del *Buscapié*, cuando se dice: «su autor, conociendo que el Quixote era leído de los que no le entendían, y que no le leían los que podían entenderle, procuró excitar la atención de todos, publicando *El Buscapié*» (1). Recoge Ríos la noticia procedente de Antonio Ruidíaz —personaje hasta entonces desconocido—, quien dice haber visto el *Buscapié* en casa del conde de Saceda, libro que «let en el corto espacio de tiempo que me le confió aquel erudito caballero porque se le prestó para el mismo fin con igual precisión (ignoro quién), era un tomito anónimo en 12º. Su grueso como de unos seis pliegos de impresión de buena letra, y mal papeles» (2). Martín Fernández de Navarrete vuelve a mencionar *El Buscapié* en su *Vida de Cervantes*, que publicó la Real Academia en 1819: «Cervantes procuró excitar la atención de todos publicando *El Buscapié*» (3), pero confunde Navarrete la historia contada por Ríos, asegurando que el fin de este opúsculo es «levantar el velo de algunas alusiones y parodiar sucesos recientes ó personas conocidas» (4).

La corriente cervantina del siglo XIX era el marco más propicio para que la leyenda del *Buscapié* cobrase una nueva dimensión. Adolfo de Castro y Rossi, con apenas veinticuatro años, fue el encargado de descubrir y publicar *El Buscapié*, originando así «la más ruidosa de las polémicas en el mundo de las letras» (5) en un ejercicio de auténtica filología-ficción. Mucho se había hablado del *Buscapié* en los círculos literarios de Cádiz, cuando Adolfo de Castro decide embarcar a propios y extraños con el engañoso hallazgo y edición del opúsculo cervantino; sus propios amigos fueron los primeros en caer en el ardor del gaditano, entre los que se encontraban Francisco Flores Arenas, José Pereira, Félix Uzuriaga, Joaquín Rubio, Francisco Javier Cavestany y José Manuel Vadillo, a los que haría una lectura privada de su descubrimiento.

En 1848 la imprenta de la Revista Médica saca a la luz el manuscrito cervantino en una edición de corta tirada, orlada en colores y titulada: *El Buscapié de Cervantes con notas históricas y críticas*; en este mismo año se publica una segunda tirada de la obra, en un formato más común y asequible, que lleva por título *El Buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la primera parte del Quijote escribió Miguel de Cervantes Saavedra*. Aunque el propio Adolfo de Castro mantiene que estas dos tiradas pertenecen a una misma edición —y efectivamente es así—, hay entre ambas algunas diferencias importantes, al menos desde el punto de vista bibliológico: títulos distintos, texto orlado y con viñetas en la primera tirada, la edición común incluye la Real Orden de propiedad que no aparece en la edición orlada, y otras diferencias menores.

También hay que subrayar las tres tempranas traducciones que, del *Buscapié*, aparecen ese mismo año de 1848: se traduce al portugués en Oporto, hay una traducción francesa, por Rispaldizza, en París, y otra inglesa, por Thomassina Ross, en la revista *Bentley's Miscellany* de Londres, de los meses de agosto y septiembre. Conviene indicar que Thomassina Ross no incluiría en su edición las notas de Adolfo de Castro, sino tan sólo un pequeño resumen de las mismas. Un año más tarde —1849— aparece una nueva edición inglesa con la mayor parte de las notas de Castro, acompañada de una biografía de Cervantes escrita por la editora sobre la base de las biografías cervantinas de Mayans, Ríos, Pellicer y Fernández de Navarrete. También en 1849 *El Buscapié* aparece traducido al italiano, en Milán, y al alemán, en Colonia. En 1850 aparece en París la segunda edición francesa, además de aparecer de manera conjunta con *El Quijote*, una situación que se mantendrá ininterrumpidamente hasta 1916.

En cualquier caso, *El Buscapié* comienza con el prólogo del propio Adolfo de Castro, donde encontramos la narración del hallazgo. En este prólogo, Adolfo de Castro, además, hace una invocación al lector para que lea la obra, en la que según él se encuentra la clave para la correcta lectura del *Quijote*. También se profundiza en las supuestas razones que pudieron llevar a Cervantes a escribirlo. Para ello, recoge la opinión de Vicente de los Ríos, según la cual Cervantes escribiría *El Buscapié* con anterioridad al *Quijote* para suscitar así el interés de los lectores de aquél por su novela. *El Buscapié* venía a ser, pues, una especie de anuncio. Otro juicio recogido por el supuesto editor, Adolfo de Castro, se refiere a la posibilidad de que Cervantes escribiese su *Buscapié* como aclaración de la crítica encubierta que en *El Quijote* se dirigía hacia Carlos V y el duque de Lerma, valido de Felipe III. En este sentido, el gaditano se encarga de desmentir: «*El Buscapié* es una defensa

(1) Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, RAE, 1780, p. XVII.

(2) Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, RAE, 1819, p. 102.

(3) Alberto Blanco, «Literatura fraudulenta. Cervantes y Adolfo de Castro», *La España Moderna*, año 21, núm. 248, agosto de 1909, p. 71.

(4) *Ibid.*, nota 54, pp. CXCI-IV.

(5) *Ibid.*, p. 104.



ALBERTO ROMERO FERRER / «PLAGIA QUE ALGO...

del *Quijote* contra las censuras que dirigían a esta obra muchas personas que tenían reputación de doctas» (6).

Respecto a la paternidad cervantina de la obra, Adolfo de Castro insiste en ello, dando 1605 como la fecha de composición, el mismo año de la publicación de la primera parte del *Quijote*, además de fundamentar su autoría cervantina en su conocimiento del estilo y del lenguaje literario de Cervantes: toda una osadía, pues se autoproponía Adolfo de Castro, él mismo, como prueba irrefutable de la veracidad del texto encontrado. Las múltiples pruebas, pues, aportadas por Castro se presentan, como se desarrollará más tarde en las extensas notas, como signos muy esclarecedores del origen cervantino del *Buscapié*, para de paso servir también como muestra irrefutable de los amplios conocimientos filológicos, paleográficos e históricos de su editor, propósito último del texto, como quedará de manifiesto en la fortuna crítica de la obra en los años siguientes a su publicación y en la trayectoria intelectual y literaria del polígrafo gaditano, siempre a la espera de una oportunidad, que tras el *Buscapié* nunca llegó, de formar parte del exclusivo club de los «eruditos y sabios de la época»

La saga y fuga del *Buscapié*: historia de una broma

Efectivamente, *El Buscapié* es el principio y el fin de la carrera literaria de Adolfo de Castro, pues las dudas del mundo académico y literario no se hicieron esperar en torno a la auténtica paternidad de la obra. Unas dudas que, entre otras cosas, se sustentaban sobre la base de la extraña estructura del libro publicado por Castro, pues Ticknor ya apuntaba que las notas parecían haber engendrado al texto, y no el texto las notas. Esto es, el mismo texto —el prólogo y las notas— que utiliza Adolfo de Castro para refrendar su descubrimiento se convierte en su delator. Hoy esta hipótesis es todo un hecho: las notas de Adolfo de Castro al *Buscapié* dan sentido al texto y sería un error prescindir de ellas como se hizo en la edición de Fernández Nieto, cuyo logro es publicar por vez primera *El Buscapié* firmado por Castro, cuando en realidad esas notas funcionaban como capítulos del mismo texto, pues se trata en realidad de unas falsas anotaciones.

La noticia de la publicación conmocionó al mundo cervantino, que seguía, aún, afanándose en encontrar alguna de aquellas obras que Cervantes había dejado sin su nombre. Pero pronto la opinión de la crítica se dividió en dos frentes; quienes defendían la autoría de Cervantes: Hipólito Lucas en *Le Siècle de Paris*, Thomassina Ross en Londres, Manuel Cañete, Emilio Bravo, Estébanez Calderón y Cánovas del Castillo; y quienes ven, desde el primer momento, la patraña del gaditano: Landrin, Ticknor, Gayangos, Cayetano Alberto de la Barrera, Martínez y Fernández, y el extremeño Bartolomé José Gallardo. La situación inicial de la polémica, la recoge Francisco Rodríguez Marín en 1916, en una imagen muy plástica: «Muchas acerasadas plumas combatieron a Castro, y Castro, en defensa de su engendro, se revolvió airadamente contra los impugnadores, como rabioso toro a quien enfurece más y más los rejonas que dolorosamente le rasgan la piel» (7).

Además de Cavaleri-Pazos, que en pocos días publicó un folleto titulado *Carta al editor del Buscapié* (8), donde mostraba ciertas desavenencias sobre la edición de Adolfo de Castro, el primero al parecer en combatir abiertamente la obra de Castro fue Juan Martínez Villergas en *La Coterra*, donde publicó, en palabras de Barrera, «un impugnatorio satírico» (9). Pocos meses después aparecieron en *La Prensa*, periódico de La Habana, dos artículos de G. de Cuevas —posiblemente uno de los muchos seudónimos del mismo Adolfo de Castro— con el título «Observaciones acerca de la autenticidad del *Buscapié*» que recogen el mismo espíritu combativo de Martínez Villergas. Al desconocido G. de Cuevas contestan Emilio Bravo en el *Diario de la Marina* y el propio Adolfo de Castro en *La España*, el 19 de agosto de 1848. El artículo de Cuevas se configura, de tal manera, a los intereses del gaditano, que Barrera piensa que esta impugnación fue fingida y escrita por Castro, para prevenir objeciones y contestarla a su gusto. El 8 de junio de 1848, el autor francés M. Landrin publicó en *La Presse* de París un artículo donde se refutaba la autenticidad del *Buscapié*. Débiles fueron sus argumentos, y tan duramente le respondió Castro, que el francés tradujo el *Buscapié* y lo publicó en París en enero de 1850, como opúsculo inédito de Cervantes. También Pascual Gayangos, quien conocía bastante bien al gaditano Castro, en una carta a Sobolevsky, amigo de Alejandro Pushkin, le comenta que *El Buscapié* es realmente una falsificación del gaditano.

También George Ticknor en su *Historia de la Literatura Española*, publicada en Nueva York y en Londres en 1849, desconfía con mucha agudeza crítica de la autenticidad de la obra, y de cómo pudo estar oculta durante tantos años, y afirma que el *Buscapié* es una torpe imitación del estilo y el pensamiento de Cervantes. Hace un recorrido por la obra detectando y señalando los múltiples errores que presenta, y concluye probando que el *Buscapié* es apócrifo y que su autor es Castro. La contestación no se hizo esperar. Así, el propio Castro responde desde las páginas de *La Ilustración* con dos artículos fechados el 10 y el 18

de octubre de 1851, titulados «*El Buscapié*. Respuesta a las observaciones hechas acerca de este opúsculo por M. George Ticknor en su *History of Spanish Literature*, New York, 1849», donde va reproduciendo párrafos de Ticknor, y se limita a corregirlos ortográficamente. Interesante, sin duda, la contestación de Adolfo de Castro, quien se confiesa autor de las notas, pero no del texto, y se defiende así de las acusaciones. Con todo, la imagen que la crítica europea había creado de Adolfo de Castro, quedó tan mediatizada por los comentarios de Ticknor, que Emilio Bravo, en su artículo «D. Adolfo de Castro. Breve reseña de sus obras» publicado en *La Ilustración* el 12 de abril de 1851, tuvo que hacer una apología del gaditano, y aclarar algunos aspectos de su vida: «Lo primero que tenemos que decir, es que ni tiene arrugas en el rostro, ni casquete en la cabeza, ni espejuelos en los ojos; que no es gruñón, ni impertinente, ni tan dado a las cosas antiguas. La torpeza en los argumentos de Castro y el irrevocable éxito de Ticknor en su ataque hacen que el gaditano comience a corregir y añadir notas en las sucesivas ediciones del *Buscapié*».

Lupión Zapata contra Bartolo Gallardete

En cualquier caso, la más acerbada polémica que sostuvo Castro, no obstante, fue la suscitada por Bartolomé José Gallardo, a quien Adolfo de Castro no sólo le había dedicado *El Buscapié*, sino que le había dado reiteradas muestras de afecto y respeto. A este respecto no habla que olvidar cómo Castro fue la mano que ejecutó la biografía jocosa y difamatoria del erudito extremeño en sus *Aventuras literarias del inacundo extremeño don Bartolo Gallardete escritas por don Antonio de Lupián Zapata (la horma de su zapato)* de 1851 (10). Desde el primer momento Gallardo duda de forma muy acertada del *Buscapié*, y en carta fechada en la Alberquilla el 20 de febrero de 1848 a don Domingo del Monte, expone sus sospechas: «El es un muchacho de unos 20 i tantos a 30 años; vivaracho, i con un fuego fatuo de fantasía volante» (11). El extremeño, pese a sus años, decide dar forma a sus conjeturas, escribiendo a amigos, y no tan amigos, extensas cartas contra la autenticidad del *Buscapié*. Estas cartas, escritas entre 1848 y 1851, no verán la luz pública hasta que no estalle la polémica. Adolfo de Castro, enterado de la actividad epistolar de Gallardo, y alentado por los bríos de su juventud, comienza a publicar en *La Ilustración*, desde el 26 de abril al 17 de mayo de 1851, las misivas que luego formarían parte de *Cartas dirigidas desde el otro mundo a D. Bartolo Gallardete por Lupián Zapata*.

Son cartas epistolares con un claro sentido satírico e insultante; no es una réplica a las razones críticas y filológicas aducidas por Gallardo, sino una abierta denostación a éste, fundada, sobre todo, en un desliz biográfico del *Diccionario Crítico Bursleo*. Con esta actitud, Castro sólo intenta distraer la atención pública, atrayendo a Gallardo al terreno de su defensa.

La primera carta, fechada el día 8 de las idus de abril —día 21— y firmada por Lupián Zapata (personaje con quien habla comparado Gallardo a Castro) utiliza un artificio literario por el que supone que Lupián Zapata escribe a Gallardo desde la Laguna Estigia contándole y advirtiéndole que Jacinto Polo de Medina le espera para «propinarle una vuelta de tornisones, coces y manozas en la bellaquería que ha dicho de mi persona» (12), por haber reconstruido una biografía falsa del clérigo murciano. La carta está llena de claras alusiones humorísticas a la figura de Gallardo: «osígueuse vuesa merced: don Bartolomé José Gallardo dice que es hombre que hace todas las obras biográficas con madurez y ejemplar examen. Pues él llamó a vuesa merced, médico y cordobés, sin duda usted sería ambas cosas» (13).

La respuesta de Gallardo fue inmediata. El 2 de mayo remite una extensísima carta a los redactores de *La Ilustración* acusándolos de publicar *cartillas del otro mundo* e intentando volver a centrar el asunto en *El Buscapié*. En esta carta acusa Gallardo el apelativo de *Lupián Zapata* que usará Castro en las siguientes misivas. Pero esto es sólo el principio del juego; Gallardo cae en la trampa del gaditano y se defiende de su fallo apelando a su sabiduría y a su extensa biblioteca desaparecida la noche del 13 de junio de 1823. Alusiones que aprovecha hábilmente Lupián Zapata en su segunda carta remitida a *La Ilustración*, suponiendo el mismo artificio literario pero con un tono más agresivo. En esta ocasión, Lupián Zapata recibe la misiva de Gallardo de manos de un emisario que afirma «nunca había oído cosa alguna acerca de la existencia de un filólogo español llamado Gallardo» (14), el mismo emisario trae una petición del poeta Salinas de restitución a Durán, Hartzzenbush, Lope de Vega, Estébanez Calderón, y cómo no, Adolfo de Castro. Sin esperar contestación de Gallardo, sale a la luz la tercera carta, fechada en mayo de 1851, donde sin máscaras, pero con una más que relativa fortuna, sustituye Castro el afinado acento irónico por el más denostado de los insultos. Crítica a Gallardo por su ortografía, por su afrancesamiento y relata de forma burlesca los acontecimientos de 1823: «aun anda Gallardo galleando con libros que así escribió él como el gran turco. Si tantos y tales puso cómo es que ha más de 28 años no ha restaurado algo de sus pérdidas?» (15).

Buscapié.

Muchas acerasadas, aseridas a vuestros de mis amigos, sabro el qe ha publicado, como de CERVANTES.

DON ADOLFO DE CASTRO.



Caricatura de Bartolomé José Gallardo apalado por Adolfo de Castro por la publicación del *Buscapié*.

(6) *Ibid.*, p. XII. (7) En el «Prólogo» a *El Cuchero* del *Buscapié* de Cayetano Alberto de la Barrera, Sanzandet, Viuda de Albira y Dica, 1916, p. VII. (8) [Cádiz, 1848], en *The «Spishu» or Searchlight: an unedited little work with Miguel de Cervantes Saavedra wrote of the first part of the Quijote. Published by Adolfo de Castro at Cádiz, 1847, translated from the original Spanish by a member of the University of Cambridge*, Cambridge, Deighton; London, John W. Parker; Liverpool, Deighton and Laughton, 1849. (9) Cayetano Alberto de la Barrera, *El Cuchero del Buscapié*, ed. cit., p. 4. (10) Madrid, Imprenta del Seminario Pintoresco y de *La Ilustración* a cargo de Alambra. (11) Bartolomé José Gallardo, *Zapata a Zapata i a su falso Buscapié un puntillazo en Otras cartillas de D. Bartolomé José Gallardo* (Salas y Rodríguez, editor), Madrid, Nueva BAE, 1968, p. 285. (12) Lupián Zapata [Adolfo de Castro], *Cartas dirigidas desde el otro mundo a D. Bartolo Gallardete*, Madrid, Imprenta de *La Ilustración* y el Seminario Pintoresco Español, 1851, p. 4. (13) *Ibid.*, p. 11. (14) *Ibid.*, p. 6. (15) *Ibid.*, p. 11.

La polémica Gallardo-Castro sobre *El Buscapié* había perdido su sentido inicial, pero, sin bien Gallardo guarda un silencio sospechoso desde la publicación de la segunda epístola de Castro, no faltan voces como la de Martínez y Fernández —El Bachiller Bo-Vaina—, que salen en su defensa y que pretenden responder a Castro «con un gargajo» (16). A continuación, publica el gaditano la cuarta misiva, en la que Lupianejo Zapatilla, enviado por Plutón vuelve a la Tierra para pedir venganza de los crímenes literarios cometidos por el extremeño, con instrucciones para fustigarlo, quemarlo, desollarlo y despedazarlo, aunque se disculpa *humildemente*: «considere, amigo Gallardete, cuán grande congoja cerca en este instante mi corazón» (17).

Debido a la recepción que obtuvieron las cartas, los redactores de *La Ilustración* y del *Semanario Pímoreco Español*, proponen a Castro la publicación conjunta de éstas, a las que se añade el fingido proceso contra Gallardo, publicación que sale a la luz, en este mismo año —1851—, y que en palabras de Marqués Merchán, «componen un mezquino libelillo fríón y romo» (18). Este nuevo texto más que un artificio literario es un insulto no demasiado bien camuflado. Compuesto como si de un juicio real se tratara, Adolfo de Castro ofrece la declaración del reo, del único testigo, el tormento y la sentencia. En la declaración del reo, cita Castro textualmente fragmentos de la carta que enviara Gallardo a los redactores de *La Ilustración*, pero descontextualizándolos de manera que el resultado se convierte en sarcasmo puro: «aprende, aprende viejezuelo una quisicosa que se conoce por geografía, y la cual no se aprende en las portadas de los libros, que es sólo lo que sabes» (19).

La polémica de Gallardo y Adolfo de Castro, quedó interrumpida por la muerte del extremeño en 1852, y fue zanjada, definitivamente, por Cayetano Alberto de la Barrera en 1856 con cinco artículos publicados en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla, titulados «Conjeturas sobre el fundamento que pudo tener la idea que dio origen a la patraña del *Buscapié*», que más tarde formarían parte de su obra *El Cachetero del Buscapié* (20). Barrera resume en su estudio las pruebas y las razones críticas que evidencian la falsedad del *Buscapié*, relegando a su autor a los territorios del desprestigio. En 1876, Ramón León Máinez, sentenciaba así sobre Adolfo de Castro: «El Sr. Castro tenía cierta soltura para imitar períodos de nuestros clásicos, calcados especialmente sobre frases y palabras de peculiar uso de cada autor; y por eso su obrita *El Buscapié* se acerca en algo, ó mejor remeda, aunque muy lejanamente, cierta fraseología del Príncipe de Nuestros Ingenios» (21).

El Buscapié o el éxito de la filología-ficción cervantina

Como puede apreciarse, en un relato a caballo entre la ficción más libresca y el falso rigor documental, se sientan las bases de esta leyenda de la filología-ficción que el mismo Cervantes animaría desde que en el prólogo a sus *Novelas Ejemplares* aludiera a esas *otras obras que andan por allí descarriadas, y quizá, sin el nombre de su dueño* (22). Una idea a la que se refiere también en el capítulo IV del *Viaje al Parnaso*, cuando insiste el autor en que ha *compuesto romances infinitos*. El exótico cervantismo decimonónico se agarraría a estas cuestionables citas para fundamentar su incansable búsqueda de inéditos cervantinos, un clamor erudito del que se valdría el gaditano Adolfo de Castro para hacer valer sus armas y habilidades filológicas en torno a Cervantes y su *Quijote*, convirtiéndose en un nuevo Avelaneda del siglo XIX, y, de paso, darse a conocer en la compleja palestra literaria, curiosamente, con unas dimensiones cuyas consecuencias escaparon de su control, y lo relegaron muy pronto a los territorios de lo falso, el descrédito y la impostura.

La impostura, pues, del joven Adolfo Castro reunía, gracias a sus elucubraciones cervantinas, todos los elementos del mejor folletín decimonónico, la mejor escuela de la erudición contemporánea y el valiente descarro romántico de quien decide, por méritos propios, situarse en el mundo de la heterodoxia filológica, justo en unos momentos en los que se estaban cimentando la reconstrucción del pasado literario como pasado nacional, y en los que la filología, la historia de la literatura y la crítica no pretendían sino ponerse al servicio de ese trascendental propósito de crear una imagen convincente y seria del pasado, una imagen fundamentada en el valor de la autoridad textual. Una autoridad textual que Castro pone en evidencia y ridiculo con su desafiante y falso descubrimiento. Como puede desprenderse de todo ello, *El Buscapié* era algo más que una simple broma literaria, que trascendía además a la propia consideración de Cervantes y su *Quijote*, pues venía a demostrar lo que de falso, de ficticio y de manipulado podía tener todo ese proceso.

De manera muy inconsciente Adolfo de Castro desafió todo ese mundo, y pagó por ello. Jamás pudo alcanzar el lugar que merecía, y quedó relegado al exilio y el castigo de la impostura. Como si de un nuevo Laoconte y sus serpientes se tratara, Adolfo de Castro fue víctima de su *Buscapié*, aunque demostró que *vivit fraus litteraria, et vivet*.

A. R. F.—UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

ALBERTO ROMERO FERRER / «PLAGIA QUE ALGO...

(16) *El Buscapié del buscapié*, D. Adolfo de Castro. *Crítico-crítica por el Bachiller Bo-Vaina*, Valencia: Imprenta de D. Mariano de Cabrerizo, 1851, p. 30.

(17) Lupianejo Zapatilla [Adolfo de Castro], *Cartas dirigidas desde otro mundo a D. Bartolo Gallardé*, ed. cit., p. 15.

(18) Marqués Merchán, *Don Bartolomé José Gallardo*, Madrid, [s.n.], 1921, p. 276.

(19) Lupianejo Zapatilla [Adolfo de Castro], *Cartas dirigidas desde otro mundo a D. Bartolo Gallardé*, ed. cit., p. 17.

(20) Cayetano Alberto de la Barrera, *El Cachetero del Buscapié*, Santander, Viuda de Albría y D^h 1916.

(21) *Cervantes y su época*, Jerez, Lli. y Tip. Jerezana, 1901, p. 441.

(22) «Prólogo al lector» de las *Novelas Ejemplares*, ed. J. Gascón López, estudio preliminar de J. Blasco, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 16-17.

(1) Cf. F. Rico, «Las dos interpretaciones del *Quijote*», *Breve Biblioteca de Aurore Española*, Barcelona, Seix-Barral, 1990: 139-161; y A. Close, «Las interpretaciones del *Quijote*» incluido en la edición dirigida por F. Rico (Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2005: CLX-CXCL).

(2) *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona, Crítica, 2005.

INSULA 7 2 7 - 7 2 8
JULIO-AGOSTO 2007

(3) Uno de los «descubrimientos» propiamente románticos del *Quijote* es su interpretación como obra con significados ocultos: Carlos M. Gutiérrez, «Cervantes, un proyecto de modernidad para el Fin de Siglo (1880-1905)», *Cervantes*, 19.1 (1999), pp. 113-124.

(4) Editado en los vols. X y XVI de la BAE.